

No se ofenda vd., señorita, de que, miétras tanto, me permita llamarme toda suya.

ALINA PILVERT.

CARTA VIII.

Presidio de Rochefort. . . .

Sí, querida Carolina, desde este presidio es de donde te escribo: en él vivo, aunque lo sientas, hace tres dias. ¿A que no creías que algun dia te escribiría desde el presidio? Sin duda que no, ni yo tampoco lo pensaba: si me lo hubieran dicho con anticipacion, me hubiera reído y habria tenido al que me lo hubiera dicho por un profeta falso. De aquí se debe sacar una moralidad que es necesario no juzgar mal de nadie, y que hasta en las gale-
 ras, por más que se diga, hay personas honradas: dígalo si no tu pobre amiga Enriqueta, y otras muchas que valen mil veces más que ella.

Hablando en formalidad te diré que, gracias á Dios, no estoy aquí más que de paso; he venido con tres Hermanas que deben quedarse reempla-

zando á otras con quienes debo salir yo pasado mañana para Burdeos. Como ves, han hecho que tome el camino más largo; pero mis Superiores deben haber tenido sus razones para hacerlo, y á mí me han hecho al gusto, porque me agrada conocer nuevas tierras. Me he aprovechado bien de mi estancia aquí, pues acompañada de otra hermana, hemos visitado casi todas las iglesias y otros establecimientos de la ciudad. Esto me podria dar materia á una larga descripcion, pero como no tengo tiempo, solo me limitaré á contarte algunos detalles relativos á mi permanencia en esta prision, muy bien construida, pero en la que siempre no respiro muy libremente.

Necesito de todo mi valor para no huir á la vista de todas las figuras siniestras que encuentro; llamo sin cesar á la caridad en mi auxilio, y recuerdo que esos pobres hombres son mis hermanos, y que Dios ha muerto por ellos, para no tenerles tanto horror. Admiro á mis hermanas que los cuidan y les hablan con tanta dulzura cuando están enfermos. Yo habria querido no entrar á la enfermeria, pero mi Superiora me dijo que la acompañase, y fué preciso hacerlo, aunque llena de miedo. Figúrate lo que sentiria al oír echar, detrás de mí, los cerrojos de la doble reja de fierro que cier-

ra la entrada, y dime si no tuve razon de sentir pavor al verme sola con otras dos hermanas y cuatro enfermeros en medio de cosa de treinta presidiarios, de los que la mayor parte estaba entónces mucho mejor que yo, puesto que iban y venian en todas direcciones, miéntras que yo casi no podia dar paso por el temblor de piernas que tenia. Como no me movía de un lugar, una de las hermanas se acercó á tranquilizarme en voz baja, y aun á hacerme alguna burla; pero la verdad, yo no tenía gana de reír en medio de tales gentes. Sin embargo, cobré un poco de ánimo viendo la entera tranquilidad de las hermanas, el respeto con que las recibian sus amigos los presidiarios, y la prontitud con que obedecian lo que les mandaban. Pero nada me sorprendió tanto, como cuando por el informe de uno de los enfermeros, la Superiora se puso á reprender fuertemente á dos ó tres de esos hombres, que, avergonzados como niños cogidos *infraganti*, le pidieron perdon, y prometieron conducirse mejor en lo de adelante. Hubo otros que merecieron palabras de elogio ó de consuelo, y su alegría no me llamó ménos la atencion que el pesar de los otros. Pero lo que no hubiera creído sin haberlo visto, es el ascendiente que, gracias á nuestro santo hábito, tenemos sobre esos infelices,

que no retrocederian ante un nuevo crimen, y se doblegan á la más ligera señal de la Superiora. Por lo demás, no es fácil que te imagines cuánto los quieren las hermanas, y qué esfuerzos de caridad hacen para sacar sus almas del poder de las tinieblas. Son muy poderosas las gracias en aquella situacion, puesto que las hermanas con quienes debo ir á Burdeos, se separan con mucho sentimiento de sus pobres presidiarios. Dicen que se puede hacer mucho bien entre ellos, y que han visto morir á algunos con tales muestras de arrepentimiento y de piedad, que creen tener mucho motivo para esperar que hayan hallado gracia á los ojos de Dios. Ellas son casi siempre las primeras que les hacen oír palabras de salvacion; la mayor parte de esos desgraciados tienen todas las prevenciones del vicio y de la ignorancia contra la religion y sus ministros; así es necesario que nosotras les abramos el camino. Para conseguirlo, prodigamos los más esmerados cuidados á los enfermos, procuramos conquistarlos su confianza y su aprecio, procurándoles cuantos regalos permite su estado; y cuando con esos inocentes medios hemos alcanzado algun influjo sobre ellos, nos esforzamos en hacerles conocer, amar y practicar los preceptos del Evangelio. Cuando logramos decidirlos á hablar con el

capellan, damos por concluida nuestra tarea, y la suya comienza. Pero ¡ay! nuestro celo no tiene resultado sino en aquellos cuyo mal es incurable, porque los que recobran la salud, casi siempre vuelven á caer muy pronto en sus antiguas y criminales costumbres. Y casi no puede ser de otra manera, estando sin cesar en contacto unos con otros; hay una comunicacion de perversidad; se pierden mutuamente unos á otros. Seria necesario, para que se conservaran en los sentimientos de arrepentimiento que tanto trabajo les cuesta á las hermanas inspirarles, el que estuviesen divididos en varias clases, lo que dicen que no es posible.

¡Ay! qué penosas reflexiones hace nacer la vista de una prision! Es una especie de infierno en que se pierden á la vez, el honor y la tranquilidad de las familias que tienen la desgracia de tener allí á uno de sus miembros. Y los que allí expían sus crímenes, ¿á quiénes acusan de haber impreso en su frente la marca indeleble del oprobio y de la ignominia? ¿Quiénes fueron la causa primera de su caída? ¡Ay! causa horror decirlo. . . . Sus mismos padres. . . . Sí, sobre cien presidiarios á quienes se pregunte, noventa y nueve responden: «Si estamos aquí, es porque nos educaron mal; nuestros padres nos enseñaron á despreciar la autori-

dad de Dios, y nosotros sacudimos la suya, violando poco después todas las leyes divinas y humanas.»

Es sin duda muy triste decirlo, pero si los presidios están llenos de gente, los padres y las madres son quienes deben dar cuenta de eso, por su culpable negligencia y descuido en la educacion religiosa de sus hijos. Si, solo la religion puede poner un freno saludable á las pasiones humanas.

Mucho me he apartado de mi visita á la enfermería; pero vuelvo á ella porque presencié una cosa que me conmovió profundamente. Distribuyendo reprensiones y elogios habia llegado la Madre superiora hasta el extremo de la sala, junto á una cama donde un hombre, jóven todavía, sufría los más agudos dolores: sin embargo, sus facciones, aunque alteradas por la enfermedad, no expresaban ni impaciencia ni desesperacion: se sonrió al verla, y con una voz apagada murmuró apenas estas palabras:

« Ay, hermana! repítame otra vez que todavía puedo esperar el perdon de la infinita bondad del Señor.»

La Superiora lo exhortó, segun deseaba, á la confianza en Dios, y mientras de que le estaba hablando, cierta sonrisa de felicidad vagaba por los

labios del pobre moribundo quien, habiéndose sacramentado el día anterior y sintiendo muy próximo su fin, nos pidió que rezáramos las oraciones de los agonizantes que acompañaba con inefables suspiros. Mientras de que las rezábamos en voz alta, un silencio solemne reinó en toda la sala, y aun la mayor parte de los presidarios vinieron á arrodillarse alrededor de nosotras, y unieron sus voces varoniles para implorar la misericordia divina en favor de aquel su antiguo compañero. La fe, pues, no está enteramente apagada en esas almas extraviadas, y la espantosa vista de la muerte despierta todavía en esos hombres algunos buenos pensamientos.

Cuando acabamos esas preces tan tiernas, que nunca puedo leer sin conmovirme, llegó el capellán del presidio que venia á dar al pobre moribundo la última absolucion: poco despues perdió el conocimiento, y apenas habiamos salido de la sala cuando espiró dulcemente en sus manos.

Por la noche, hablándoles á mis hermanas de la edificacion que me habia dado el recogimiento y devocion de los presos enfermos y la resignacion de su compañero agonizante, la Madre superiora me dijo:

«Hija, con bastante frecuencia se renuevan aquí

hechos semejantes, y son ménos raros de lo que vd. crée.

«No hace todavía un mes que hemos visto morir como un santo, á un jóven de veintiocho años. Bien es verdad que el ángel que lo habia convertido fué ántes que él al cielo. . . .

«¡Pobre Sor Rosa, qué dichosa fué en que Dios la llamara para sí! ¡Habria sido muy digna de lástima si hubiera vivido más!

¿Y por qué, Madre mia? le pregunté con curiosidad.

¿Por qué? respondió suspirando: seria muy largo contárselo, y no tengo yo tiempo; pero Sor Francisca, añadió señalándome á una de sus hijas, lo hará, y espero que esa historia le interesará á vd. y le dará una nueva prueba de la misericordiosa bondad de Dios.

Nos dejó para ir á sus ocupaciones, y Sor Francisca, á mis ruegos, comenzó inmediatamente:

«Hace cosa de tres años que una novicia jóven, llamada Sor Rosa, vino aquí para reemplazar á una de nuestras compañeras que Dios habia llamado para sí. Verdadera hija de S. Vicente de Paul, Sor Rosa era el modelo de toda la comunidad. Dulce y afable con todo el mundo, hablaba poco, se sonreía raras veces y con frecuencia derramaba

abundantes lágrimas en la presencia de Dios. Preguntada por nuestra Madre sobre la causa de su dolor, le respondió: que era huérfana de padre y madre, y que, reduciéndose toda su familia á un hermano gemelo, ignoraba qué era de él, si existía y si vivía cristianamente. «¡Ay, decia, yo me consolaria si ha muerto; pero nunca de la pérdida de su alma.»

«Ay! lo que la pobre casi no se atrevia á decir, era que lloraba tambien la doble muerte de su padre, que á su última hora rehusó tenazmente los auxilios de la religion que su hija arrodillada le pedia anegada en llanto que recibiera. Más dichosa habia sido su ternura con respecto á su madre; pero todavía temblaba por las funestas consecuencias de la educacion impía que habia recibido su hermano querido.

Cuando supimos el motivo de su pesar, unimos diariamente nuestras preces á las suyas, para pedir á Dios la conversion de su hermano. A pesar de que la salud de Sor Rosa era muy delicada, y todavía estuviese en el noviciado, las superiores creyeron que tenia bastante virtud para ponerla en la enfermería de los presidiarios. No es fácil decir todo el bien que hizo allí: parecia que Dios bendecia sus palabras y obraba por su medio prodí-

gios de gracia y de conversion; por eso la llamábamos nosotras *el Apóstol de los presos*, quienes por su parte le profesaban un respeto extraordinario. Jamás uno de ellos se atrevió á dirigir sobre ella una mirada atrevida, aunque con la débil apariencia de una niña de quince años, poseía Sor Rosa una belleza demasiado rara, que realzaba con un nuevo encanto cierto aire de melancolía, habitual en ella. Ya hacia cerca de tres años que estaba encargada con otras de mis hermanas del cuidado de la enfermería, cuando un suceso muy triste vino á privarnos de los ejemplos de tan santa y piadosa compañera.

Entre los presidiarios que su falta de salud obligaba con más frecuencia á ir á la enfermería, era un jóven de 25 á 30 años. Sus facciones eran hermosas, aunque ajadas por el rubor y la desgracia.

Culpable de una falsificacion que habia causado la ruina de un amigo suyo, habia sabido ocultar bien su verdadero nombre, y no era conocido en el presidio sino con el de Oscar. Se expresaba con gracia, tenia cultivado su talento, y todo, tanto en sus modales como en su persona, dejaba ver que era de familia distinguida. Como todos sus compañeros de infortunio, no pudo librarse del influjo de Sor Rosa, y aunque de un genio violento y ar-

rebatado, se prestaba á todo lo que exigía de él; sin quererla escuchar más que cuando trataba de hacerle oír las verdades de la religion. Su funesto endurecimiento le causaba más pena que la indiferencia de los demás, con lo que Sor Rosa tenia una compasion muy particular para con ese desgraciado jóven, á quien llamaba *mi preso*. Por otra parte se notaba que Oscar, sin pasar jamás los límites del más profundo respeto, le tenia á Sor Rosa un afecto especial. Abatido bajo la humillacion de su cruel posicion, deseaba morir, segun decia; y cada vez que entraba á la enfermería, declaraba en voz alta que no habia de hacer nada de lo que el médico ordenase: y así lo verificaba hasta que Sor Rosa le suplicaba que no lo hiciese, y entónces se prestaba con docilidad á cuanto queria. Su enfermedad, que era una afeccion de pecho, fué adelantando al grado de que hace poco meses los médicos dijeron que no tenia remedio, y debia morir muy pronto.

Es imposible describir la consternacion de Sor Rosa cuando conoció tan fatal sentencia: se deshizo en lágrimas, y recomendando á su protegido á nuestras oraciones, se dispuso por medio de una continua oracion á ir á disputarle esa alma al infierno.

Yo la acompañaba cuando abordó de nuevo con Oscar la gran cuestion de su salud eterna. Por primera vez la oyó sin interrumpirla y aun con cierta emociion, que no dejó de observar Sor Rosa; con lo que creyendo que era el momento oportuno, le dijo:

«Ay señor mio! vd. es desgraciado aquí abajo, muy desgraciado, lo considero bien; pero qué, ¿quiere vd. serlo tambien en la otra vida? ¿No tiene vd. allá alguna persona amada con quien desée reunirse en la gloria y la felicidad del cielo? . . .

Suspiró, y gruesas lágrimas rodaron por su rostro.

«¡Ay! sí, sí, dijo, tengo una hermana, un ángel, que bien quisiera ver en otra vida mejor. . . . ¡Cuántas veces al ver á vd. he creído ver á ella y escucharla, porque vd. debe tener poco más ó ménos su edad. . . . ¡Pobre niña, ojalá y que nunca sepa que su hermano terminó su existencia en un presidio!

Ay! por favor, replicó ella, mirándolo con atencion; dígame vd. el nombre de su hermana y el suyo?

¡Mi nombre! la interrumpió enderezándose en su cama, y con ojos encolerizados: ¿se atreve vd. á

preguntarme mi nombre, cuándo he manchado y cubierto de ignominia la memoria de mi padre? Ah! si no fuera vd. la que me lo preguntara! . . . se detuvo y añadió con alguna dulzura: ¿No sabe vd. que no quiero que se me conozca aquí más que por Oscar? . . .»

«Pero en lugar de responderle, Sor Rosa, que no cesaba de considerarlo atentamente, le dijo con voz temblorosa: «Siquiera, tendréis la bondad de decirme de qué parte sois?»

—Soy de Lyon, respondió con aspereza y bajando los ojos; y mi familia, puesto que lo quiere vd. saber, era una de las principales de la ciudad; la he hundido en el dolor por los extravíos de mi juventud, y así que la arruiné, me separé de ella á los 18 años . . . No he vuelto á saber de ella, si no es que el pesar condujo al sepulcro á mis padres: ojalá que hayan ignorado que de falta en falta llegué á cometer la que me ha traído aquí! Sobre todo, ojalá que mi pobre hermana no lo sepa nunca, no podría sobrevivir á la vergüenza de saber que estaba en el presidio, el que ella llamaba su *querido gemelo*. . . .

Sor Rosa estaba pálida como la muerte; echó sobre él una mirada dolorosamente expresiva, y enclavando sus manos exclamó:

¡El es! Dios mio! Lo reconozco. . . Pablo. . . mi hermano! . . . y cayó sin sentido.

En cuanto á Pablo, como abrumado bajo el peso de los sentimientos diversos que lo agitaban, permaneció algunos instantes, inmoble y mudo; pero de repente, llorando y presa de una violenta desesperacion exclamó:

«La he matado. . . no hay duda. . . Oh! Lucía! háblame. . . abre los ojos; mírame y no maldigas á tu infeliz hermano. . . . ¡Lucía! ¡Lucía! vuelve á la vida y te prometo que me convertiré para poder acompañarte en el cielo. Sí, ¡Dios mio! haced que viva, y yo os ofrezco que le daré el consuelo de verme arrepentido y convertido. . . .»

A pesar de sus ruegos, Sor Rosa fué llevada á la enfermería, y yo me quedé con él para procurar calmarlo. Lo conseguí con mucho trabajo; sobre todo me fué difícil hacerle entender que si queria volver á ver á su hermana, era preciso que no diese ni á sospechar á sus compañeros de infortunio los lazos de familia que tenia con una de nosotras. Por lástima á su situacion, no le dije que acababa de destruir, sin saberlo, las esperanzas más caras de su desgraciada hermana; porque por virtuosa que sea una novicia, una disposicion muy prudente la excluye de la comunidad cuando su

nombre está infamado, ó su familia ha sido deshonrada por uno de sus miembros. ¡Ay! Sor Rosa lo sabia bien; no creía á su hermano más que extraviado, pero al hallarlo con la librea del presidio, habia visto todo el horror de su posicion, y como todavía no habia hecho los votos, comprendió que ya jamás los podria pronunciar.

Por fortuna habia ese dia pocos enfermos en la enfermería; y por una casualidad dichosa, la cama del pobre Pablo estaba bastante separada de las de los demás, de modo que no podian oír nada de su conversacion con Lucía.

En cuanto á ésta, no intentaré describir á vd. su dolor: solo le diré que olvidándose de sí misma, para no llorar más que por su infeliz hermano, pidió permiso, aunque casi moribunda, de tener otra entrevista con él al siguiente dia. Se le concedió; y aunque yo la acompañé, me retiré un poco, para dejarla con más libertad, pero observé que varias ocasiones se puso Pablo á llorar, besando el Crucifijo de su hermana, que ella habia desprendido de su rosario para dárselo. Su conversacion duró cerca de una hora. Antes de despedirse, me llamó Lucía, y me dijo muy conmovida: ¡Ah! qué dicha la mia! ya no sentiré morir, pues que mi pobre Pablo me ha prometido pensar desde hoy con

seriedad en su salvacion. . . ! El hizo una señal de afirmacion, y dijo con un tono resuelto: —«Sí, quiero salvarme, para reunirme con ella en el cielo.»—

«¡Cuánto lo agradezco yo! y adios! querido Pablo, replicó con mucha dulzura; no olvides que nuestra buena madre nos espera en la gloria; trabajémos, pues, tú y yo, te lo suplico, en juntarnos con ella.»

El sollozaba y la habia tomado de su hábito que besaba, humedeciéndolo con sus lágrimas.

«Vamos, Pablo, valor, le dijo en voz baja; nos volverémos á ver muy pronto allá arriba, porque el arrepentimiento es una segunda inocencia.»

Despues, soltándose con suavidad como pudo, lo miró con ternura y se alejó lentamente, no sin volver la cabeza una ó dos veces hácia su hermano, que no habia de volver á ver aquí abajo. Pablo la seguia con la vista, con una expresion de silencioso dolor que me destrozó el corazon: cuando desapareció, se dejó caer en su almohada, diciendo:

Hasta dónde me han llevado mis crímenes: he encontrado á mi hermana gemela, y no puedo ¡ay! ni estrecharla entre mis brazos. . . !

Un cuarto de hora despues se enderezó, y lla-

emándome con voz fuerte, me dijo: «Sor Francisca, luego á vd. que me mande llamar al capellan, quiero hacerle sin tardanza la confesion de mis faltas, porque conozco que ya no hay tiempo que perder.» —Se equivocaba, porque despues de su confesion, que acompañó con las más vivas muestras de dolor, vivió lo bastante para llegar á ser un modelo de paciencia y de arrepentimiento. Víctima durante más de un mes de los sufrimientos más crueles, no cesaba de repetir:

«Ay! que no pueda yo sufrir todavía más para expiar aquí abajo mis crímenes! . . . ¡Que no haya conocido á Dios más pronto! no me encontraria aquí. . . .»

Perseveró en esos sentimientos hasta el fin, y su conversion fué un gran motivo de gozo para su pobre hermana, quien no sobrevivió sino algunos dias á la última entrevista de que he hablado, y en la que consiguió triunfar de todas las prevenções que tenia Pablo contra la religion. Dios le hizo un gran favor con sacarla de esta vida. ¡Cuánto hubiera sufrido si hubiera vivido más! Así, por lo ménos, murió ya con la esperanza de volver á ver á su hermano en un mundo mejor, y tuvo el gran consuelo de no tener que quitarse el santo hábito de Hermana de la Caridad.

Con todo, la lloramos mucho, y el pesar que nos causó perderla, no se suavizaba sino con el pensamiento de que estaba ya gozando de la recompensa prometida á la inocencia y á las virtudes de que nos habia dado admirables ejemplos.

Sor Rosa, al morir, recomendó á nuestra Madre á su desgraciado hermano, y ésta le prometió no abandonarlo. Llegó á ser su protegido especial, y se conquistó su confianza y afecto: ella fué la que se encargó de darle la noticia de la muerte de su hermana, la que recibió con una resignacion conmovedora. Sí, de él se pudo decir con justicia, que la gracia abundaba en donde habia sobreabundado la iniquidad. Quisiera poder contar á vd. todos los rasgos de piedad de que fuimos testigos, pero me contentaré con referirle uno solo.

Era la víspera de su muerte: acababa de administrarse, y como nuestra Madre le exhortara á la confianza en Dios, le respondió:

«Ay! cómo no he de confiar en su Majestad, despues de lo que acaba de hacer ahora conmigo! . . . Además, la que me sacó del abismo, ¿no está rogando en este mismo instante por mí? . . . Ay, Lucía! Lucía! añadió poco despues, yo fui el que causé tu desgracia! Ay! ¿te olvidaste de mi conducta en tu última hora? . . .»

Hermana, repítame vd., por favor, lo que me ha dicho otras veces; que ella me perdonó, que no. . .

—Y qué! señor mio, le dijo nuestra Madre interrumpiéndole, ¿ese santo Cristo que tiene vd. sobre el pecho y que le dió ella misma en prenda de perdon, no le basta para probárselo?

—Sí, sí, respondió besándolo con amor. Sí, este legado de mi querida hermana debe reanimar mi valor, mi fe y mi confianza en la misericordia de Aquel que, aunque inocente, se entregó á la muerte para librarme del infierno. . . . No quiso que volviera yo á ver á Lucía: no permitió que ella fuese quien me cerrara los ojos. ¡Que su voluntad sea bendita!

Pasó lo demás del día en oracion, y por la tarde, sintiendo que se agotaban sus fuerzas, nos llamó con una voz apagada: Hermanas, les suplico que rogueis por mí, porque ya no tardaré mucho en presentarme ante el Supremo Juez. Ay! pedidle que tenga misericordia de un miserable pecador. . . .

Quiso seguir, pero ya no le fué posible, y entró en una dulce y apacible agonía. Al anoecer, espiró en los brazos del padre capellan, estrechando contra su corazon el Crucifijo de su hermana, con quien esperamos que irá á reunirse algun dia, si no es que ya están juntos.»

Tal fué la relacion de Sor Francisca, que se me ha grabado profundamente en mi memoria. Deseo que te interese, y en todo caso, si hallas que he abusado mucho del permiso que me has dado de escribirte largo, cúlpate á tí misma, pues me has repetido tanto: «Tus cartas siempre son breves.» Esta vez, por lo ménos, he querido darte gusto. Ahora, por consideracion á tu paciencia, que no quiero cansar tanto, me contento con repetirte que te quiere y siempre te querrá.

TU AMIGA.

CARTA IX.

Ya por fin llegué, querida Carolina, á mi destino, y aunque muy contenta de haber terminado mi viaje, no pude ménos que sentir el tener que separarme de mis hermanas que me acompañaron hasta aquí. Unas siguieron á otro punto, otras están en el Hospicio, y tu servidora en una casa de misericordia.

Me parece que te oigo decir: ¿y qué es eso? Ten